

El evangelio, la carne y el Espíritu

Texto bíblico: Gálatas 5:16-18

¿Alguna vez has experimentado la extraña sensación de escuchar la Palabra de Dios con mucha disposición y gozo, ya se predicada o leída, y horas o minutos más te ves desafiado por la realidad que ni siquiera puedes recordarla para ponerla por obra? ¿Alguna vez has tenido el deseo de leer la Biblia y luego de abrirla estás dormido a los pocos minutos mientras en la noche puedes ver toda una serie de TV completa hasta la madrugada?

Bienvenido al camino del evangelio. Una lucha diaria y permanente entre dos fuerzas: una que nos impulsa a la carne y hacer lo que solo nos satisface individualmente, y otra que nos impulsa hacia arriba, hacia lo que es conforme a la voluntad de Dios.

Fácilmente, podíamos decir que, si alguien no experimenta este tipo de tensión, o es un ángel o no es un creyente. O vive plenamente en el Espíritu o está completamente gobernado por su carne. La realidad de la vida libre del cristiano no es que ahora no es tentado en lo absoluto, sino que es conducido a un campo de batalla en el que los vestigios de su vieja naturaleza lo seducen lejos del Señor mientras que el Espíritu lo llama con lazos de amor a Cristo.

Pablo está dando algunas exhortaciones a los hermanos de Galacia acerca de cómo deben vivir ahora que han sido libres por creer en Cristo. Primero los exhortó a no volver atrás, luego los animó a confiar que la Palabra de Dios daría su fruto y que los falsos maestros que los perturbaban recibirían su castigo, y después de eso los exhorta a que no usen su libertad como una excusa para el libertinaje o para la carne y la razón es que ellos deben cumplir la ley verdadera, la cual es amar y servir al prójimo y esto es sinónimo de la vida en el Espíritu, una que se opone a la carne.

Pues bien, el pasaje que veremos hoy es la ampliación de lo que venimos viendo en los versículos anteriores. Los creyentes libres no deben andar en la carne, sino en el Espíritu, pero eso no es “inflar y hacer botellas”, la realidad, y eso es lo que Pablo aborda en esta sección, es que la vida en el Espíritu es una lucha, no es algo a lo que se llegue por inercia, sino que es algo en lo que hay que perseverar todos los días. Más adelante el Apóstol hará referencia a las prácticas que caracterizan la vida en el Espíritu en contraste con las que caracterizan la vida en la carne.

Así qué, este es el argumento de Pablo y el que planeamos desarrollar en el sermón de hoy: Los creyentes que son libres por la fe en Cristo Jesús, no deben andar en la carne, sino en el Espíritu, consientes al mismo tiempo de que esta es una lucha, pero que al final es de lo que se trata el camino de la fe.

Veremos esto siguiendo los siguientes puntos:

1. El mandato: anda en el Espíritu, no en la carne (16)
2. La advertencia: la carne y el Espíritu se oponen (17)
3. La meta: ser guiados por el Espíritu (18)

El mandato: andar en el Espíritu, no en la carne

Estas palabras se parecen a las que vimos en el verso anterior: *no usen la libertad como excusa para la carne, sino sírvanse en amor unos a otros*. Solo que aquí Pablo se refiera ahora de manera directa a la vida en el Espíritu como la alternativa al andar de la carne.

Pero ¿qué significa andar en la carne o andar en el Espíritu? La idea es básicamente que los creyentes deben ser gobernados, controlados por el Espíritu y no por sus propios deseos. La palabra “carne” en este texto se refiere a la naturaleza pecaminosa y aquí conviene explicar qué “la carne” no es necesariamente un “yo interno” deformado que sale cada vez que me descuido. No es una persona que está escondida debajo de las sábanas espirituales. O, más bien se trata del asiento de los deseos, las emociones y las pasiones las cuales, aun después de abrazar la fe en Cristo, siguen estando ahí.

Pablo habló de esta condición ampliamente en Romanos 7 y se refirió a ella como “el pecado que mora en mí”. Y siempre ha habido discusión al respecto de esto. Algunas personas sugieren que es imposible que un creyente sienta siquiera una tentación, que no es posible que un creyente peque, o sea de alguna manera atraído hacia las cosas que son de la carne; pero en la Biblia y en la vida vemos que esto es algo evidente y eso no hace menos eficiente la obra de Dios.

Por supuesto, un creyente no debe ser gobernado por la carne y los deseos de esa naturaleza, pero debe ser consciente que no debe entregarse a su señorío.

Retomando la idea, aquí a lo que Pablo está haciendo referencia es al hecho de que, si somos gobernados por el Espíritu, no estaremos satisfaciendo los deseos de la carne. Y

no hay nada místico aquí. Ya veremos que la guía del Espíritu no es una voz que se revela o un aislamiento de todo el mundo. En el verso anterior vimos que la vida en el Espíritu era una de servicio y amor al prójimo y más adelante vemos que está caracterizada por el amor, el gozo, la paz, la bondad, etc. Todas estas virtudes que evidencian que el Señor está trabajando en nuestras vidas y que estamos siendo guiados por el Espíritu.

Noten que aquí Pablo no está diciendo que debemos esperar a ser guiados, el mandato está en una forma activa: anden. Produzcanlo, búsquenlo. A veces creemos erróneamente que la espiritualidad es algo externo a nosotros, alguna fuerza que viene en la noche o en medio de alguna experiencia, pero anda más lejos de la realidad; debemos buscar esto activamente.

Este es un pasaje esperanzador, si estamos en Cristo significa que podemos pelear y batallar con los deseos de nuestra carne, significa que sí hay forma de ganar esta batalla. Antes estábamos perdidos, ni siquiera remábamos contra las impetuosas aguas del pecado, pero ahora estamos en el barco de la fe y aunque a veces pareciera que queremos que nuestro bote se vaya a la deriva, tenemos la fuerza del Señor para seguir remando y no sólo eso, su compañía y la de otros creyentes subidos en el mismo bote.

No tenemos que resignarnos a que el pecado se perpetúe en nosotros. No tenemos que ver cómo nuestras vidas se van simplemente porque creemos que no tenemos fuerzas para seguir batallando. Quiero que esto quede grabado en nuestras mentes: si estamos en Cristo, podemos vencer los deseos de la carne y caminar en la verdadera libertad del Espíritu.

Alguien se preguntará ¿y cómo hago eso? Mencionamos algo el domingo pasado: involúcrate en servir y en amar a tu prójimo, eso va en contra del egoísmo de la carne. Pero otras cosas van de la mano con perseverar en la oración, la Palabra, la comunión y hasta el abstenernos de los apetitos de la carne. La carne quiere todo el tiempo, todo el esfuerzo, toda la energía; así que cuando nos dedicamos a perseverar en amar y servir a otros o tener mejor comunión con el Señor, más poder le restamos sobre nuestras vidas. No hay mucho misterio aquí: entre menos tengas de Dios más habrá de la carne. Entre menos haya del amar y servir a otros, más habrá de la carne.

¿Es fácil eso? Por supuesto que no, y esa es la realidad que debemos enfrentar; que rendirnos al Espíritu y no a la carne es un desafío diría una lucha constante; lo cual nos lleva al siguiente punto en nuestro bosquejo:

1. La advertencia: la carne y el Espíritu se oponen (17)

Estoy seguro de que esto no es ningún misterio para usted. Este pasaje no está revelando nada nuevo; pero examinarlo con detalle nos deja ver más de lo que pensamos.

La batalla entre la carne y el Espíritu es una realidad en el creyente. Un legalista no siente esta batalla porque él siempre se ve como alguien espiritual (*Gracias a Dios porque no soy como esos...*). De hecho, cuando un legalista da lugar a alguna licencia de la carne siente una culpa profunda, pero no por haber ofendido a Dios necesariamente, sino porque ha perdido lo ganado y ahora debe volver a comenzar. La prueba de que la “espiritualidad” legalista no es espiritual en realidad es que a menudo no es amorosa, no produce gozo, no es bondadosa, no es pacífica, no es mansa, no es dominio propio sino abstinencia, etc.

Pero un libertino tampoco siente esta batalla. Para él nada está mal porque vive en su libertad. No es reargüido por nada, su conciencia está cauterizada, nunca siente que ofende a Dios y la razón es que confía en una gracia barata, su cristianismo es liviano y a menudo ve el pecado con superficialidad. Un libertino es un pecador sin freno; no un creyente genuino.

Pero un creyente verdadero sufre esta tensión. Una vez alguien una mujer hizo una pregunta en público al pastor John MacArthur cuya respuesta fue de mucha bendición para mí. La respuesta fue algo como esto: *¿cómo puedo saber si realmente soy creyente si me veo atraída por pecados que no quiero cometer?* La respuesta del pastor fue: *“Esa es precisamente la evidencia de que eres creyente; que tienes una batalla”*.

Y este no es un conflicto de mero sentir. No es una persona que siente remordimiento (lo cual puede suceder con alguien que ni siquiera ha oído el evangelio). Esta batalla es interna. Es sentir que estoy ofendiendo a Dios, que estoy caminando en una dirección contraria y que me puedo encontrar con su ira. El creyente verdadero sufre esta lucha, pero no se rinde ante ella. Corre a Cristo continuamente en arrepentimiento. El día que dejes de correr al Señor por un pecado recurrente es porque ese día te rendiste al deseo de tu carne y eso es lo que no debemos permitir que suceda. No dejemos que las cosas lleguen ahí.

Si ahora mismo te encuentras practicando pecados que ya no te incomodan y que antes, tal vez iniciando en la fe o en épocas donde has sido más sensible espiritualmente

te han generado mucho desconsuelo, corre por ayuda; no sigas en ese estado porque puede ser peligroso.

Estar en medio en un conflicto no significa que hemos perdido la guerra. El mismo Pablo pasó por esto. En una descripción vivida él relata (**leer Romanos 7:14-24**).

Esta es una lucha que nos conduce a Cristo, que nos lleva devuelta al Salvador y gloria a Dios por dicha lucha. Entre más corremos a él más del Espíritu hallamos para nuestra vida y más gobernados somos por él.

La evidencia de la madurez cristiana y el crecimiento en la fe está aquí: en cuanto estamos siendo gobernados por el Espíritu y cuando menos de la carne hay en nosotros cada vez.

Finalmente, el apóstol Pablo cierra su argumento con la siguiente sentencia: Si sois guiados por el Espíritu, no están bajo la ley

La meta: ser guiados por el Espíritu (18)

Este pasaje contiene una nota esperanzadora: aunque la carne y el Espíritu se oponen en una guerra permanente, al final, los creyentes son guiados por Espíritu, porque ellos no están bajo ley, pues son libres.

Qué alivio. Mis amados, somos potenciados por Dios por la libertad que tenemos para vivir de modo que le agrademos. La batalla es dura, pero está a nuestro favor porque somos libres, solo debemos vivir anclados a esa verdad. Creer eso, pero a veces nos pasa lo contrario, creemos lo opuesto, que seguimos siendo esclavos o que seguimos siendo gobernados completamente por la carne y no es así.

Sin este pasaje el lector se queda en un limbo. Como si al final la fuerza de la carne y la del Espíritu se anularan y nos dejaran en cero, pero esa no es nuestra condición. Aquí hay un llamado a reconocer que hay un conflicto, pero nosotros tenemos al Espíritu de nuestra parte porque ya no estamos bajo la ley la cual no podía producir nada en favor nuestro. El Espíritu, en cambio, es activo y trabaja continuamente a nuestro lado.

Esta es una excelente noticia. Si tienes a Cristo no tienes que morir en los brazos de tu pecado porque el Salvador del mundo abrió los suyos para que tú vivieras en libertad.

Todas las veces que has gritado ¡Hasta cuando! Han sido oídas por Dios y un día tu cuerpo estará libre de todo deseo; por ahora soporta, pelea, ocúpate de las disciplinas espirituales, sirve a otros, ama a tu prójimo, persevera en el Espíritu, pues es Dios quien produce el querer como el hacer por su buena voluntad.

No tenemos que rendirnos ante esta lucha mis amados. No tenemos por qué entregar nuestras armas y bajar levantar las manos en rendición a la carne. Si hemos creído en Cristo Jesús tenemos la fuerza de su poder a nuestro favor. Ya no vivimos para nosotros, vivimos para Dios.

Dios no está pidiendo aquí nada que no podamos cumplir. Sería tirano pedirle a un niño que salte una pared de dos metros, pero no lo sería pedirselo a un adulto al que se le da una escalera. Dios nos ha provisto la libertad con la que podemos agradarlo y vivir para Su gloria, aunque eso va a requerir de nuestro trabajo.

Más adelante veremos cómo se pueden identificar estas dos maneras de vivir. Cómo se puede saber si alguien está siendo guiado por la carne o por el Espíritu; pero por ahora, ojalá podamos reflexionar en estas verdades:

1. Dios nos llama a vivir en el Espíritu y no en los deseos de nuestra naturaleza pecaminosa.
2. Es una realidad que vamos a tener una lucha si somos verdaderos creyentes, que esto no se da de manera natural.
3. Pero debido a que hemos sido libertados por Dios podemos batallar contra esos deseos y vencerlos porque el Espíritu nos capacita para ello.

Amigo que estás aquí sin Cristo; espero que puedas entender que no estamos vendiendo el cristianismo como un estilo de vida en el que ya nunca más tendrás problemas y que quitará tus deseos y pecados con entrar y salir del agua; estamos diciendo que si vienes a Cristo vas a tener una batalla; la diferencia es que en tu condición actual estás perdido, no podrás liberarte tú mismo; pero con Cristo eres capacitado para pelear y resistir y tienes la esperanza de ser liberado por la eternidad.

¿Por qué no te rindes a Cristo hoy y dejas de batallar en tus propias fuerzas? ¡Ven a Cristo!